

AKI SHIMAZAKI
LUNA LENA

Traducción de Javier Albiñana

TUSQUETS
EDITORES

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Sémi*

Aki Shimazaki

© 2021, Actes Sud

Traducción: © 2022, Javier Albiñana Serain

© Tusquets Editores, S.A. - Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Primera edición impresa en España: febrero de 2022

ISBN: 978-84-1107-071-3

Primera edición impresa en México: julio de 2022

ISBN: 978-607-07-8967-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Me despierto con el bullicio de los gorriones. Durante un instante me pregunto dónde estoy. ¿En nuestra casa? Echo una ojeada hacia el ventanal entreabierto. Al instante reconozco nuestra habitación en la residencia para la tercera edad en la que vivimos.

La cama de Fujiko está vacía. La manta de verano y la sábana están arrugadas, la almohada y el cojín no están bien colocados. Debe de estar en el cuarto de baño. El reloj de pared marca las siete menos cinco. Me sorprendo. Habitualmente, mi mujer no se despierta antes de las ocho. Aprovechando el frescor de la mañana, daremos un paseo antes de desayunar.

Tumbado en la cama, observo los muebles que trajimos de casa: un sofá, un sillón, la mesa redonda, unas sillas, mi escritorio, el tocador de

Fujiko... Son antiguos pero de buena calidad. Las camas las compramos durante la mudanza. Fue idea de Fujiko tener dos camas individuales en vez de una doble.

En un rincón hay un fregadero y dos armarios. Hemos instalado una neverita, un microondas y un hervidor eléctrico. Para comer, bajamos al comedor de la residencia. La comida es equilibrada y deliciosa. Raras veces vamos a un restaurante. Disponemos de nuestro propio cuarto de baño. A decir verdad, vivimos como en una suite de hotel.

Llevamos aquí seis años. Este establecimiento tiene como divisa: «Cuidados de por vida con respeto». Aunque sea privado, no es muy caro y nuestras pensiones lo cubren. El personal es excelente. Organizan actividades culturales y deportivas. Se respira un ambiente muy agradable. La lista de espera para entrar es larga, por supuesto. Estamos muy satisfechos, y en ningún momento hemos pensado mudarnos a otro sitio.

Mi esposa padece de alzhéimer. No reconoce ya a nuestros nietos y confunde a la menor de nuestras hijas, Anzu, con la primogénita, Kyōko, que murió de cáncer hace cinco años. Por fortuna, a mí todavía me reconoce y sigue llamándome «cariño». No le resultan dificultosas las actividades

diarias, tales como comer, ir al servicio o darse un baño. Puedo mantener con ella conversaciones sencillas y cotidianas.

Lo cierto es que pusimos empeño en vivir el mayor tiempo posible en casa. Cuando nuestro hijo, Nobuki, se casó, diez años atrás, pensábamos que él y su mujer vendrían a vivir con nosotros, como nosotros habíamos hecho con mis padres. En ese caso, Nobuki habría heredado la casa. Sin embargo, la joven pareja alquiló un piso y posteriormente compró una casa en las afueras. Cosas de la nueva generación. Nos quedamos muy decepcionados, sobre todo Fujiko, que ansiaba cuidar de nuestros nietos, como había hecho mi madre.

En cambio, Nobuki no escatimó esfuerzos para encontrar esta residencia en cuanto su madre dio ligeros signos de demencia. Cuando nos trajo aquí para mostrarnos el lugar, nos dejó sumamente impresionados el experimentado y respetuoso personal. Decidimos quedarnos a vivir aquí, aunque lamentamos abandonar nuestra casa.

Dos años después de nuestra mudanza, nuestra hija Anzu y su marido compraron nuestra antigua morada. Era el segundo matrimonio de Anzu, que tiene un hijo del primero. De hecho, su marido actual había sido novio de Kyōko. Ésta falleció al

poco de dar a luz a una hija. Anzu adoptó al bebé al casarse. Así pues, su familia consta de cuatro personas. A la pareja le encanta esa casa.

Mis hijos nos visitan regularmente. En ocasiones, Anzu sale a pasear con su madre para que yo pueda tener ratos libres. Nobuki organiza fiestas en su casa, y allí vemos a nuestros cuatro nietos. Está bien así, al fin y al cabo. De este modo no somos ninguna carga para nadie.

Entra una brisa por la ventana. Jiii..., jiii..., cha..., cha..., cha...

Es una *kuma-zemi*.^{*} Según mi mujer, las cigarras de esa clase cantan solamente por las mañanas. No sé gran cosa de esos insectos, pero ella distingue el nombre de cada especie con sólo oír su canto. Resulta asombroso que recuerde unos detalles tan precisos aprendidos durante su infancia.

Son las siete y veinte, ¿es posible que Fujiko siga en el baño? Bajo de mi cama lentamente y me acerco al cuarto de baño. Llamo a la puerta:

—¿Todo bien, Fujiko?

No hay respuesta. Empujo suavemente la puerta, que se abre; no está cerrada por dentro. Fujiko no está. Vuelvo hacia su cama y compruebo que

^{*} El significado de las palabras en cursiva se explica en el glosario situado al final de la novela, págs. 167-168.

su camisión no está en el lugar habitual, y tampoco el chal de verano que se pone cuando está encendido el aire acondicionado. ¿Habrá salido al balcón? Me acerco al ventanal de puertas correderas y aparto las cortinas. Tampoco está allí.

Miro en la consola que está junto a la puerta de entrada. No hay nada encima. Cuando sale, suele depositar una de las tarjetas plastificadas que utilizamos para indicar dónde estamos: «ESTOY EN EL SALÓN», «ESTOY EN LA SALA DE ESTAR» o «ESTOY EN EL JARDÍN». La cesta de costura de mimbre que lleva siempre consigo está en su tocador. Pero ¿dónde está ella? De pronto cruza por mi mente la palabra «fuga». Exclamo:

—¡No es posible!

Me visto a toda prisa y salgo de la habitación.

—¡Buenos días, señor Niré!

Me cruzo en el pasillo con el señor y la señora B., unos nuevos residentes que se alojan en la misma planta que nosotros. La mujer camina con ayuda de un bastón, pues está mal de la vista. Nos saludamos amistosamente. El marido me dice:

—Acabamos de tomar el desayuno. Estaba delicioso, como de costumbre. ¿Ha desayunado ya?

—No, todavía no. Antes tengo que encontrar a mi mujer.

—¿La señora Niré? La he visto hace un rato, en la planta baja.

La pareja está al tanto de la enfermedad de mi mujer. Tranquilizado, me digo que Fujiko sencillamente se habrá olvidado de dejarme la

tarjeta que indica adónde ha ido. El señor B. añade:

—Está hablando con un empleado delante de la oficina de personal.

—¿Ah, sí?

La señora B. alza la cabeza hacia mí. Unas gafas oscuras le ocultan los ojos. Me sonrío:

—Me he enterado de que su nieta cantará esta tarde. Por supuesto, iremos a oírla.

—Son ustedes muy amables.

Se refiere al concierto que la residencia organiza una vez al mes en la sala de actos. Nuestra nieta Suzuko actuó ya el año pasado. Estuvo encantadora. Su actuación agradó a todo el mundo. Es hija de nuestra hija mayor, la que falleció. Anuncio orgulloso a la pareja:

—Hoy cantará unos *natsumero*.

Mi vecino exclama:

—¡Ah, es una idea excelente! Las antiguas melodías japonesas reactivarán la parte dormida de nuestra memoria.

—Desde luego. Es el efecto que espero que ejerzan en mi mujer.

—Señor Niré, nos gusta mucho la música, sobre todo la clásica: Bach, Mozart, Chopin...

Mientras el señor B. sigue hablando con su habitual buen humor, yo acecho el regreso de

Fujiko. Pero no aparece. Me despido del matrimonio. Al dirigirme hacia los ascensores, me pregunto qué estaría contándole mi mujer al empleado.

Cuando llego a la oficina del personal, en la planta baja, un joven empleado me saluda:

—Buenos días, señor Niré. ¿Busca a su mujer?

—Sí. ¿Sabe dónde está?

—Está desayunando.

Me sorprendo.

—¿Sin mí?

—La enfermera Y. está con ella. No se preocupe.

Y. es una de las enfermeras que trabajan en la residencia. Anda por los cuarenta. Inteligente, sensata, simpática, se ha ganado el respeto de todo el mundo. Fujiko confía ciegamente en ella.

—Ah, pues me reuniré con ellas en el comedor.

—No, señor Niré, es mejor que se quede aquí. La enfermera Y. vendrá a hablar con usted.

—¿Por qué?

—Ella se lo explicará.

El empleado me invita a sentarme en un sofá que recorre la pared, y sale de la oficina. ¿Qué sucede? Tomo el periódico del día que han dejado en una mesa baja. Intento leer un artículo de política, pero no me entero de lo que leo.

Transcurren diez minutos. Por fin aparece la enfermera. Me dirige un saludo matinal con una amplia sonrisa. Eso me tranquiliza, pero le pregunto:

—¿Algún problema?

—La señora Niré está bien. ¿Podría acompañarme a la sala de reuniones, aquí al lado?

Sin esperar mi respuesta, sale de la oficina. Yo la sigo, desconcertado.

Nos acomodamos ante la gran mesa redonda. Ella toma la palabra y me habla con voz calma:

—Su mujer ha salido sin avisarle, ¿no es así?

—Sí, temía que se hubiera fugado, y si es la primera vez...

—No, no es nada de eso.

Aliviado, pregunto:

—¿Está enfadada conmigo?

—¡No, en absoluto!

—Entonces, ¿qué ocurre?

La enfermera Y. calla un momento y después relata:

—Al despertar, la señora Niré se ha quedado perpleja al verle a usted acostado en «su» habitación.

—¿Cómo? ¿Fujiko no me ha reconocido? —exclamo, estupefacto.

—Exacto. Inmediatamente ha bajado a buscarme y me ha dicho: «¡Dios mío, hay un desconocido durmiendo en la otra cama!».

Me tiembla la voz:

—¿Hasta ese punto ha perdido la lucidez?

—Eso parece, por lo menos de momento.

—¿Y, sin embargo, se acuerda de usted?

—Sí.

—Resulta humillante... —mascullo.

La enfermera me da ánimos:

—Mírelo del lado bueno, señor Niré. Su mujer ha sido capaz de acudir sola a la oficina para advertirme de esa anomalía en su habitación.

La palabra «anomalía» me da risa.

—¿Qué le ha contestado usted?

—Naturalmente, le he dicho: «Pero si es su marido». Ella lo ha negado en el acto: «¡Eso es imposible! Yo no estoy casada».

Me quedo boquiabierto. La enfermera Y. prosigue:

—No le he llevado la contraria: «Ah, es verdad, usted todavía está soltera. Ese hombre es su futuro marido, y se llama Tetsuo Niré».

—¿Cómo ha reaccionado?

—Me ha preguntado: «¿Es ese señor al que he conocido por *miai*?». Así que he asentido: «Sí, claro, su novio». Y por fin se ha calmado.

Comento irónicamente:

—Muy amable por su parte aceptarme como futuro marido.

La enfermera Y. añade:

—Su estado de confusión puede evolucionar de un día para otro, pero hay que escucharla con paciencia y no llevarle la contraria.

Yo suspiro:

—No me creo capaz de convertirme en un buen actor.

—Escuche, señor Niré. Decir la verdad es perjudicial en estos casos.

Guardo silencio. Y. prosigue:

—El problema es que, al no estar aún casada, no se hace a la idea de dormir en la misma habitación que usted. Insiste en tener su propio cuarto.

Miro a la enfermera con estupor:

—¿Qué me está contando ahora?

—No debe extrañarse. Recientemente, en casa de una pareja en la misma situación que usted, una mujer le preguntó a su marido quién era. Él le contestó a gritos: «¡Estás loca! ¡Llevamos sesen-

ta años casados!». Y ella, furiosa, lo echó de la habitación y cerró la puerta con llave. El marido no tenía que haber reaccionado así.

—Santo cielo... ¿Qué pasó luego?

—El marido tuvo que abandonar la residencia.

—¿Dónde está ahora?

—Vive fuera, en un apartamento, porque el matrimonio ya había vendido su casa.

Yo tampoco tendría un techo bajo el que dormir. Me siento perdido.

—¿Voy a tener que alquilar otra habitación para mí?

—No forzosamente. De todas formas, no es posible: todas nuestras habitaciones están ocupadas y la lista de espera es larga.

—¿Qué debería hacer entonces?

La enfermera Y. responde sin titubear:

—Muy sencillo. Sugiero que, por el momento, separemos sus dos camas con biombos. Lo he hablado hace un rato con su mujer y la idea le parecía bien.

—¿Biombos entre nuestras camas?

—Sí. Así lo hicimos con otro matrimonio y funcionó.

—Es inaudito.

Me callo. Tras un momento de silencio, la enfermera añade:

—Por cierto, su novia me ha corregido: «Yo no soy la señora Niré. Mi nombre es Fujiko Kajiyama». Así que ahora la llamo Fujiko-*san* o Kajiyama-*san*.

—Se acuerda de su apellido de soltera... —mu-
sito.